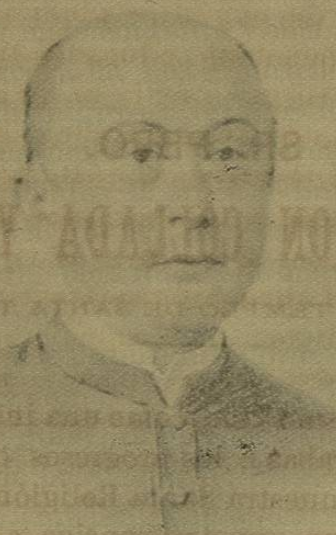


de su deber. Decirle que debe marchar á una confesión á diez ó doce leguas de distancia de donde reside, es darle una buena noticia; pensar que se acerca una de las festividades de su parroquia, es motivo para mirarlo más contento y más alegre, porque tiene que acercarse á la mesa eucarística, tres ó cuatro centenares de feligreses, después de confesados y contritos; porque tiene que hablar en el púlpito de los dogmas y verdades de nuestra Santa Religión, de los hechos heroicos, de las excelsas virtudes de la Madre de Dios, Verbo encarnado sin mancha para redimir nuestros pecados.

Por eso hemos querido honrar estas humildes páginas ocupándonos de tan privilegiado y virtuoso ministro, á quien deseamos consecutivos triunfos, como los que ha alcanzado durante el escabroso sendero que ha transitado en su carrera eclesiástica.



SR. PRESB. D. R. P. COLLADA,
CAPELLÁN DE STA. TERESA, MÉXICO.—(D. F.)



DON RAMON COLLADA Y VEGA

SR. PBR. D. R. N. COLLADA

CAPELLAN DE STA. TERESA, N.º 11, CALLE DE...

Vertical text in a blue box on the left margin, likely a library or collection stamp.

habieron los dogmas, derivaron los altares, mi-
fijaron nuestra simbología, idearon las ceremonias, des-
truyeron nuestras imágenes, profanaron a nuestros sa-
grarios, y congregándose en un nuevo grey, crearon
levantar un templo en el que no se ofrecían holocaustos
al Altísimo, ni se practicaban perfumes ante
el altar, porque los sacrificios santos habían sido abo-
lidos y el altar santificado por un Dios que no
había querido que se edificase los falsos templos.

SR. PBR.

DON RAMON COLLADA Y VEGA

CAPELLAN DEL TEMPLO DE SANTA TERESA, D. F.

EL protestantismo vino, como una inspiración diabólica, á poner trabas á los progresos que día á día iba adquiriendo nuestra Santa Religión.

En su torbellino arrastró consigo á muchos desgraciados que, cegados por una falsa idea de lo que es el Cristianismo, abjuraron de sus creencias primitivas para abrazar otras que, cubiertas de oropel, encubrían las negruras de su fondo.

¡Infelices almas, víctimas de su incredulidad y de la astucia maligna de los falsos apóstoles, que aunque predicán la ley divina, no saben comprenderla en su sentido verdadero!

¡Ciegos! que intentaron formar una religión á su antojo, y sólo consiguieron trastornar la obra de Dios de tal manera, que ni ellos mismos se dan cuenta ahora del estado de disolución á que han llegado sus costumbres.

Repelieron los dogmas, derribaron los altares, mutilaron nuestro símbolo; iconoclastas frenéticos, destruyeron nuestras imágenes, profanaron nuestros sagrarios, y congregándose en una nueva grey, creyeron levantar un templo en el que no se ofrecían holocaustos al Altísimo, ni se quemaban perfumes ante el ara, porque los sacrificios santos habían sido abolidos y el arca sagrada no existía en ellos.

En aquellos antros congréganse los falsos creyentes, y entonan cánticos fríos y estériles en medio de las desiertas paredes de aquel recinto, en donde no se ostenta nada majestuoso, nada bello, nada sublime que pueda dar una idea ligera del Creador.

¿Y las ceremonias que embellecen nuestro rito?

Tampoco las practican, porque son guiados por una austeridad que raya en estoicismo, por una severidad que tiende á locura.

Luego no tienen templo porque no puede llamarse templo aquel recinto, donde nada existe que indique la presencia de Dios, donde véñse el espacio y el silencio de las tumbas.

Si el protestantismo no tiene templos, como queda demostrado anteriormente, tampoco puede tener ministros, pues mal puede haberlos donde no hay ministerio que ejercer. No hay sacrificio que ofrecer, porque la misa fué abolida; no hay sacramentos que administrar, porque el buen luterano se rie de ellos; la predicación es inútil, si cada protestante puede bastarse á sí mismo, con su Biblia en un bolsillo y el libre exámen en el otro. ¿Qué le queda, pues, que hacer al ministro? ¿Cuál es su misión? ¿Cuál su mi-

nisterio? Nada absolutamente. Casi se concibe perfectamente cómo puede ser casado, sin la menor dificultad, el ministro reformado. Ninguna de sus funciones exige, para su mejor desempeño, la castidad porque en rigor, ninguna función hay que ejercer. En el púlpito se le ve una vez cada semana, interpretando, en virtud, no de su ministerio, sino de su soberana razón libre, la Sagrada Biblia, que cualquiera de sus oyentes puede á su vez interpretar, en virtud también de su soberana razón, tan libre é inspirada como la de su pastor. Bien hace, pues, en no llamarse sacerdote, ni vestir como tal, ni distinguirse por su estado de los seculares, pues al fin no se diferencia de ellos.

No le busqueis, pues, en el altar, ni al lado del moribundo, ni en las penosas tareas del catequismo. Contempladle del brazo de su esposa en los paseos y teatros de la ciudad. Vive como debe. Es la personificación de su secta. Mejor dicho, es epigrama viviente de su clase. El protestantismo, pues, no tiene sacerdotes.

¿Sus actos religiosos? ¡Ah! No habléis de ellos en plural, porque los protestantes no reconocen más que uno: la predicación. Para esto sólo se reúnen; para esto sólo observan el domingo; para esto sólo tienen sus llamados templos. Y aun esa predicación que contradice abiertamente la teoría del libre exámen y de la inspiración individual, esa predicación ¿creeis que ha legado á la admiración de los siglos, cuaremas como las de Bourdaloue y Mussillon; oraciones fúnebres como las de Bossuet; brillantes y persuasi-

vas improvisaciones como las de nuestros Avilas y Granadas; conferencias filosófico-teológicas como las de nuestros esclarecidos contemporáneos de Nuestra Señora de París? Una secta que hace consistir todo el ser y sustancia de su culto en la predicación, debiera ofrecer en la Historia de las letras Sagradas, monumentos de gran valía como los ofrece el púlpito católico de todas las naciones. ¿Qué causa, pues, condena á la esterilidad á los protestantes? ¿Cuál puede ser, lectores, sino el mismo espíritu helado de esta secta que nada le dice al corazón, ni aun á los ojos, cortando de consiguiente el vuelo á la imaginación y al sentimiento para que no puedan esparcirse jamás en las regiones de la verdadera elocuencia? Justo es que á una religión sin imágenes, ni altar, corresponda una oratoria fria y descolorida, sin fuego ni unción, y en la cual lo atildado de las formas académicas basta apenas á cubrir la pobreza y palidez de los conceptos. Pues bien; si en esto consiste todo el culto de los protestantes, bien podemos afirmar, sin que nadie nos contradiga, que ellos no tienen culto.

Uno de los más ardientes defensores de la causa de nuestra Religión y enemigo declarado de todo cuanto tienda á torcer sus sacrosantos principios, es sin duda el digno sacerdote de quien en estas páginas nos vamos á ocupar.

El Sr. Pbro. D. Ramón Collada y Vega vió la primera luz el año de 1852, bajo el hermoso cielo de España, en un punto llamado "La Roza," de la parroquia de San Juan Bautista de Amandi, del Concejo

de Villaviciosa, Provincia de Asturias. Villaviciosa es uno de los más fértiles y amenos pueblos del suelo asturiano. Su situación topográfica es magnífica; su extensión es de siete leguas y cuenta con 1,341 habitantes. En sus riberas es donde se cultiva la manzana, que produce la famosa y delicada cidra.

Sus padres fueron D. Manuel Collada y Pando y D.^{ña} Teresa Vega y Ballina, de modesta posición social, pero de un corazón noble, sincero, adornado con las más bellas virtudes y animado por un espíritu grande de religión y fe. Era evidente que el fruto de aquella santa y feliz unión correspondiera á sus instintos.

Pequeñito empezó su educación primaria á cargo de su tío materno D. Manuel Vega, en la escuela parroquial, continuándola sucesivamente bajo la dirección de D. José M. Villaverde, notable por su saber y su delicadeza para instruir, y de D. Francisco González Valdés, siendo uno de los más aprovechados alumnos de aquel establecimiento.

De carácter retraído, devoto y meditabundo, y anhelando siempre, desde sus más tiernos años, alcanzar la verdad, mostró vocación desde entónces por la carrera eclesiástica, de la que más tarde habia de ser uno de los más esforzados paladines.

Pasó, luego que hubo terminado sus primeros estudios, á cursar Latinidad y Humanidades en el Colegio Auxiliar del Seminario de Oviedo, llamado Valde-Dios.

Hasta entónces, con beneplácito de sus maestros, obtuvo las mejores calificaciones y dió prueba de una

lucidez de inteligencia poco comun en los jóvenes de su edad.

Con el afan de concluir sus estudios se trasportó á México á la edad de quince ó diez y seis años, con el exclusivo fin de proseguir su carrera eclesiástica, buscando la protección de sus hermanos, comerciantes en esta capital.

Trataron éstos de disuadirlo, pintándole cuán azarosa y difícil era la carrera que iba á emprender, y cuán peligroso era lanzarse por una senda tan tortuosa cuando se tenia toda la suficiente fuerza de ánimo para arrostrar todas las dificultades que se presentan.

El, no obstante, persistió en su propósito; y con la protección de sus hermanos, la del Rector, Pbro. D. José Soler, R. P. de la Compañía de Jesus, y la del muy sentido Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida Dávalos, Arzobispo de México en aquel entonces y cuya muerte ha sido tan sentida, hizo sus estudios de Filosofía, Teología Escolástica y Moral, Sagrada Escritura é Historia Eclesiástica, en el Seminario Conciliar de México, habiendo recibido despues de concluidos éstos, todas las Ordenes sucesivamente, hasta el Presbiterado, por el mismo Ilustrísimo Señor.

Desde que recibió el sagrado Orden del Subdiacnado, fué comisionado por la Sagrada Mitra Metropolitana para dar instrucción de Catecismo en la parroquia de San Miguel.

Recientemente ordenado, fué nombrado auxiliar de la parroquia de Santo Tomás, "La Palma," y más

tarde profesor de latinidad en el Seminario Conciliar, en cuyo cargo duró siete años, y cuando lo hubo entregado en otras manos, hizo dos viajes á Europa con el fin de perfeccionar sus conocimientos, obteniendo en Roma, durante el segundo, el título de Misionero Apostólico Honorario y otras muchas brillantes concesiones.

A su regreso fué nombrado Capellán del aristocrático templo de San Bernardo, pasando despues á restaurar el de Portaceli, que hacia como diez y ocho años estaba convertido en bodega, y el cual á la presente es uno de los más elegantes y bien ornamentados de la Capital; actualmente sirve la Capellania de Santa Teresa, que tambien está reponiendo.

Ha fundado varias asociaciones religiosas, como son la "Corte de Damas de Nuestra Señora de Guadalupe," establecida durante su permanencia en San Bernardo; la "Asoción de Santa Mónica, de Madres Católicas," en Portaceli, en donde levantó un altar en honor de la Santa Patrona, y por último, en Santa Teresa, la "Archicofradía de la Preciosa Sangre."

Filántropo y caritativo con los miserables, y con particularidad con los enfermos, se ha captado las simpatías de todos cuantos lo conocen, que, como nosotros, hacen votos al Altísimo por su eterna felicidad.